TEOSOFIA

VOLUMEN II AGOSTO 1933 NUMERO 8

S U M A R I O

TEOSOFIA

REVISTA DE SINTESIS ESPIRITUAL

SE PUBLICA EL DIA
1.º DE CADA MES

Continuación de EL LOTO BLANCO y SOPHIA

FEDERICO CLIMENT TERRER, Director

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde
a sus autores y a los traductores en las traducciones.

VOLUMEN II — AGOSTO 1933 — NUMERO 8

Causas ocultas de la locura y de la obsesión

Por FRANZ HARTMANN. M. D.

TAL vez no exista tema más digno de investigación ni materia más importante para el bienestar de la humanidad que el estudio de la locura y sus causas. En las condiciones en las que se está desarrollando actualmente la civilización, la inmensa mayoría de las gentes agrupadas en los grandes centros de población, someten a tremenda presión sus cerebros no sólo para conseguir unas condiciones de vida de mayor o menor comodidad, sino para asegurarse superfluidades que fueron desconocidas por nuestros antepasados y que, en el discurrir de la civilización, han pasado a la categoría de necesidades aparentes. Miles son los que sufren de trastornos nerviosos producidos por desgaste de vitalidad. Los manicomios están llenos. Si la excesiva actividad del intelecto y el sofocamiento de los sentimientos religiosos que anidan en el corazón han de continuar como hasta ahora, es de temer, como terrible probabilidad, que, en no lejana fecha, dificilmente se encontrará una persona perfectamente equilibrada y que el mundo entero se convertirá en un pandemonio.

Las causas de la locura son bien poco conocidas y la «medicina», aunque pretende ser una ciencia, se reconoce impotente para explicar ciertos hechos y ha de confesar su ignorancia, porque si bien conoce la estructura del cerebro como instrumento de la mente, desconoce completamente la entidad que la rige y genera los pensamientos en el cerebro.

La clave de todo conocimiento metafísico y oculto, para la verdadera comprensión de los fenómenos fisiológicos del organismo humano consiste en saber cuál es la invisible constitución del hombre. El solo conocimiento de la construcción del cuerpo físico es tan sólo como conocer la construcción de un arpa sin el menor conocimiento del arpista. El razonador superficial ve solamente la manifestación de las fuerzas subyacentes en las formas y supone que las formas las crean. Sin embargo la naturaleza toda enseña lo contrario. Sabemos que un cristal no crea su propia luminosidad sino que la luz del sol lo hace luminoso. Las flores no crean sus colores sino que la luz solar se manifiesta blanca en el lirio y encarnada en la rosa. Ninguna combinación de cuerpos muertos puede crear vida o inteligencia; pero si un cuerpo ofrece las necesarias condiciones para recibir el poder vital, la vida y la inteligencia podrán hacerse activas y manifestarse en él.

El materialista considera en lo que llaman «materia» el origen de cuanto existe, y así confunde el vehículo con sus contenidos. Acaso cree que la materia puede producir espíritu o conciencia sin mediación de una fuente espiritual. Si así fuera, podría igualmente creer que de la nada puede salir algo o que nacen los hijos sin intervención de los padres. Creemos que todas las cosas son manifestación de una universal esencia y poder a que en su condición suprema llamamos «espíritu» y en su ínfima «materia», y a la parte que enlaza el espíritu y la materia la llamamos «fuerza». De aquí que consideramos la constitución del hombre, lo mismo que la del universo, como una escala gradual de la existencia de una substancia única, manifestada en diversos estados de conciencia, densidad, vibraciones y aspectos. Lo superior interpenetra lo inferior y ambos se manifiestan por medio de enlazados eslabones. El espíritu penetra y actúa en el cuerpo por intervención de la fuerza llamada «alma» que a su vez tiene varios aspectos, desde la supersión espiritual, vehículo de la sabiduría e inteligencia, pasando por el «cuerpo astral», asiento de las emociones y deseos, hasta llegar a la forma más densa: el cuerpo: etéreo molecular, del que el cuerpo físico es la última expresión.

No creemos que el espíritu evolucione de la materia, sino que

el espíritu evoluciona en organismos materiales. Hay dos clases de evolución ; la de la materia por influencia del espíritu y la de los seres espirituales por medio de repetidas encarnaciones en formas materiales. La Naturaleza crea en todos sus reinos organismos materiales; se desenvuelve de lo elemental a lo universal, del vegetal al reino animal cuya superior manifestación es el hombre; y cuando la animal forma humana alcanza un grado tal de perfección que supera la ordinaria inteligencia del animal y es capaz de concebir los más altos principios de eterna justicia universal amor y sabiduría, quedan capacitados para servir de tabernáculos a reencarnantes inteligencias espirituales, según enseñaron los sabios de la India y de Egipto, y corrobora la Biblia al decir: «Y los hijos de los dioses (las inteligencias superiores) vieron que las hijas de los hombres (los organismos humano-animales) eran hermosas y las tomaron por mujeres». También alude a ello San Pablo al decir : «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el espíritu de Dios mora en vosotros?»

De aquí que el Espíritu universal, el principio organizador de la naturaleza es el Gran Arquitecto que guía la evolución de las formas. En el reino humano el espíritu divino actúa en la evolución de seres individualizados espiritualmente, divinamente conscientes. Cuando la humanidad alcanza el punto máximo de elevación, empieza la divinidad. Para evolucionar necesita el animal egoismo y deseos personales. No podría progresar si no tuviera que esforzarse para lograr cuanto desea. Por el contrario, el ser divino en el hombre, evoluciona venciendo el egoismo y deseos personales. Cuanto mejor se identifica con lo universal más consciente es de su inmortal y divina naturaleza.

Por lo tanto, persona perfectamente sana es la que alberga una superior inteligencia espiritual que le guía en sus pensamientos, deseos y acciones y posee un cuerpo sano capaz de recibir la dirección de aquella inteligencia espiritual y obedecerla. El gran ocultista Theophrasto Paraceloso denomina a dicha inteligencia superior «el Angel en el hombre» y a la personalidad con sus bajos pensamientos y deseos «el animal en el hombre». En todas las grandes religiones, la lucha entre el angel y el animal, (que puede en ocasiones convertirse en demonio) se representa simbólicamente a fin de significar cómo el hombre, por medio de su inteligencia superior puede vencer la naturaleza inferior; y tal es la superior finalidad de todo sistema religioso digno de este nombre.

Así pues, la locura tiene dos causas principales :

1.ª El alma espiritual encarnada en el hombre puede no ser lo suficientemente poderosa para regular la actividad del cerebro.

Tal es el caso cuando «el angel en el hombre» está crucificado en una personalidad excesivamente densa y material, llena de pensamientos vulgares, de sensualidad y de pasiones, o que el cuerpo se sienta demasiado débil y deficiente en fuerza de voluntad, comprensión y propio dominio, y entonces la locura toma la forma de histerismo, fantasmagorías y delirios de varias clases.

2.ª El cerebro, a causa de algún defecto físico, moral o intelectual, puede ser incapaz de comprensión o de escuchar la voz del espíritu que habla en su corazón. Este es el caso de la idiotez.

Pero más frecuente que éstas, hay otra tercera causa a saber:

3.ª El cerebro del hombre puede estar obseso por una entidad que sus deseos y pensamientos crearon o por un elemental extraño como sucede en las posesiones mediumnímicas y demoníacas.

El espíritu es el superintendente de la actividad mental; el cerebro es su laboratorio y el instrumento por cuyo medio la materia mental se transforma en pensamiento. Si el cerebro funciona sin la dirección del jefe, también prevalece el desorden.

Por demasiado sutil no puede actuar directamente el espíritu en la substancia densa del cerebro. Sus vibraciones son demasiado altas y para formar el necesario puente ha de servirse de lo que llamamos el cuerpo astral del hombre, llamado así porque está formado por elementos dimanantes de los «astros» o estrellas. En realidad también nuestro cuerpo físico está formado por tales elementos, pues recibe su vida del Sol, centro de nuestro sistema solar. Todo tiene cuerpo astral; minerales, plantas, animales; nada podría existir sin él ya que el cuerpo físico es solamente la externa manifestación del astral. Existe un sol astral tras el sol físico, y el cerebro astral posibilita el funcionamiento del cerebro físico. Cada órgano de nuestro cuerpo tiene su contrapartida astral con sus corrientes astrales comparables a las corrientes de energía de nuestro sistema nervioso.

Este invisible cuerpo es la sede de la vida, el que determina la vida del cuerpo físico; y si se debilita el cuerpo astral, muere el cuerpo físico. Por medio del cuerpo astral recibe el físico la vida a través del plexo solar en donde está concentrada la vida. El cuerpo físico se asimila la vitalidad mediante la inspiración y la espiración que la envían al cerebro donde experimenta un proceso fisicoquímico, y por medio del cerebro y del sistema nervioso se difunde por todo el organismo.

Así puede decirse que el cerebro es la oficina central de la que emanan las órdenes reguladoras de la vida en los distintos órganos, como la sede del superintendente de la obra. El cerebro está lleno de energía psíquica y de energías que le llegan del mundo

mental. El alma razona, o piensa y transmite al cerebro físico los resultados de su actividad por medio del sensorio astral, mientras que el cerebro, se asimila los elementos que es capaz de recibir, los analiza y combina y los manifiesta en pensamientos.

El cuerpo físico carece de vida propia, pues la recibe reflejada del cuerpo astral, del que por decirlo así, viene a ser su imagen refleja. El alma, por ser relativamente inmaterial y espiritual no podría influir en el cuerpo físico sin la intermediación del astral. Sin embargo, nuestra misión en estas páginas no es convencer al escéptico de la existencia del cuerpo astral. Basta por el momento afirmar que mientras el cuerpo físico se encuentra en condiciones normales y su conexión con el cuerpo astral no está interrumpida ni vibra irregularmente, el sensorio astral transmite sus vibraciones al cerebro físico y sirve de intermediario entre éste y la mente, mientras que, por el contrario, cuando la conexión se debilita o se interrumpe el aflujo de las corrientes magnéticas, como en los casos de exteriorización de formas astrales, la acción del cerebro se produce desordenadamente y sobrevienen, con caracter temporal o definitivo, fantasías, delirios y locura.

Esta exteriorización o separación temporánea de la forma astral del cuerpo físico ocurrida cuando el sistema nervioso se paraliza en cierta medida o es incapaz de dar libre curso a la circulación de las corrientes magnéticas, como en los casos de embriaguez por alcohol, opio, hashish o cocaina es la causa más frecuente del histerismo. En el sueño ordinario se exterioriza el cuerpo astral, y sin esta circunstancia no quedaría dormido el cuerpo físico.

El cuerpo astral es la verdadera representación de la personalidad del hombre; el cuerpo físico externo es su imagen más o menos acabada, de ahí que se le llama el «doble» o duplicado del cuerpo astral; pero como está constituido por una substancia más plástica propende más fácilmente a cambiar de aspecto.

Abarca lo que los filósofos indios llaman «Kama Rupa» o «Cuerpo de deseos»; y como quiera que los deseos del hombre son numerosos y cambiantes, de ahí que admita tal variedad de aspectos.

Desde el plano mental, las ideas penetran en el cerebro astral del hombre, creando deseos que, a su vez, se comunican al cerebro físico, donde se transforman en pensamientos y propósitos, dispuestos a convertirse en actos por medio del cuerpo físico, que, de rechazo, devuelve las sensaciones que recibe del mundo exterior, por conducto de los sentidos, al reino del intelecto donde despiertan las ideas. Cada pensamiento es substancia y cada de-

seo es una fuerza llamada «voluntad», una de las actividades de la vida; y como un ser integrado por pensamientos y dotado de deseos representa una entidad individual, el microcosmos del hombre aparece como un diminuto mundo poblado de una variada colección de formas mentales. Cada embrionario pensamiento puede crecer y transformarse en un elemental, en una «idea fija» o un deseo prepotente que arrollando a la razón fuerza a la personalidad, aun en contra suya, a la realización de locas acciones. Puede en estos casos, estar el cerebro completamente sano; pero la mente ha enfermado, suplantando a la razón por la locura cuyo resultado es la demencia.

Lo contrario sucede cuando estando la mente sana, no puede el cerebro recibir ajustadas impresiones a causa de alguna enfermedad física o accidente sufrido. Pero no es mi propósito entrar en este campo de investigación patológica. A estos casos puede referirse la idiotez heredada o adquirida.

(Continuará)

El dolor es nuestro mejor maestro.

Por tanto, no le temas ni le rehuyas. Siempre viene con misterioso designio.

Sal, pues, a su encuentro, reverente, paciente, resuelto. Sólo así podrás aprender su lección.

Y de las obscuras horas pasadas en su compañía surgirá una luz que mostrará la senda a tus pies vacilantes. Y en su paz comprenderá y será colmado el corazón.

CAVÉ

El Vencimiento del Temor

Por G. O.

(Continuación)

La ciencia ha demostrado que el temor apresura la acción del corazón, aumenta la presión de la sangre y hasta cambia la composición química de la misma; altera, y hasta paraliza, la acción del estómago y de los intestinos y envenena los jugos gástricos; afecta los riñones y entorpece su funcionamiento. El temor es pésimo y si es persistente puede resultar en una forma lenta del suicidio.

Puesto que el miedo es una emoción, debemos considerarlo en relación con nuestra vida emocional. Es fundamentalmente la base de todas las emociones perjudiciales, de la misma manera que el amor abnegado es la base de todas las emociones beneficiosas. Sírvanos de consuelo la verdad de que «el amor perfecto arroja todo temor».

El miedo, no solamente causa desorden en nuestra vida interna, sino que, al manifestarse en acción es causa de la mayoría de las dificultades en el mundo. Es un enemigo de la felicidad. Si los hombres no tuviesen miedo nunca mentirían. Una mentira es la confesión de temor a la opinión pública, a la censura de nuestros amigos y a lo que puede resultar de nuestras palabras y obras y de sus reacciones sobre otros.

Los hombres roban porque temen que no serán capaces de adquirir de manera mejor las cosas materiales que ansían o que ambicionan. La ambición es el miedo de que no se tendrá lo suficiente para satisfacer todas las necesidades. Los celos compensan nuestro propio sentimiento de inferioridad qne es una forma de temor. La envidia nace de nuestra falta de confianza en nuestra propia actitud. La maledicencia es otra reacción al mismo sentimiento.

El miedo engendra el odio. Desdeñaríamos odiar lo que no tenemos. El odio entre individuos es malo; pero cuando el miedo se propaga entre un grupo, la envidia y el odio causan guerra entre naciones y la violencia del populacho. La violencia, el pánico y las huídas en masa, sea de hombres o de animales son el resultado del miedo que no razona (el miedo rara vez razona) porque es ciego. No es necesario entrar en más detalles porque los hechos se evidencían por sí mismos.

Puesto que el miedo es una emoción, solamente puede expresarse en nuestra conciencia por nuestra mente. Mientras nuestros pensamientos estén compuestos de una mezcolanza de reacciones

de comidas mal digeridas, reflejos de falta de sueño, temor a la opinión pública, ansiedad por el bienestar de nuestros amigos y las dudas y temores de desgracias personales, más los mal aprendidos prejuicios, fobias, inhibiciones, complexos y mecanicos de defensa, continuaremos siendo esclavos.

El primer paso hacia la liberación es aprender a dominar la materia en la que se moldean nuestras emociones, o sea: nuestros pensamientos. Debemos aprender a vivir cada momento de la vida como si fuera completo en sí mismo sin preocuparnos de los errores pasados ni temer las contingencias del porvenir.

El revivir retrospectivamente el pasado es tonteria. Una vez que un incidente ha ocurrido y terminado no hay poder humano capaz de iniciarlo de nuevo y ningún remordimiento sentimental puede anularlo. Es, pues, mucho mejor analizarlo críticamente una vez para siempre y tratar de determinar por qué, dónde y cómo hemos fallado, y tomar la decidida resolución de no cometer el mismo error otra vez. Déjese «que el pasado entierre sus muertos».

Para no tener motivo de arrepentirnos del pasado, debemos vivir hoy, esta hora, este instante lo mejor que podamos. En realidad no hay mañana; cuando el mañana llegue será hoy. De consiguiente, si aprendemos a mantener nuestros pensamientos fijos donde elijamos y actuamos impulsados por el recto pensar, no tendremos nada que lamentar y marcharemos de acuerdo con el curso del tiempo, salvando cada obstáculo con un valor e inteligencia que llegaremos a convertir en hábito al encararnos valientemente con el presente.

Si no podemos cambiar el ayer, tampoco podemos controlar o predecir con exactitud lo que llamamos mañana. Por esto sufrimos decepciones cuando trazamos planes demasiado precisos sobre el futuro. Cuando empezamos a hacer conjeturas entramos en el terreno de lo dudoso, del *cuando* y del *pero* y pronto nos vemos en una maraña de dudas; porque tras la puerta del mañana se esconde ese extraño elemento que no hay mortal que puede conocer por adelantado. Unos lo llaman casualidad, otros suerte, otros destino, algunos oportunidad, muchos Dios. Está cubierto por el manto del misterio y se caracteriza por el cambio. Puede echar por tierra nuestros planes mejor preparados y destruirlos; o puede abrirnos la puerta de la mayor felicidad que jamás hayamos conocido y, como no hay hombre que sepa cuándo, dónde y cómo obrará, no puede determinar lo que le reserva el mañana.

Quizá, a causa de este mismo elemento de incertidumbre y a causa de nuestro hábito de temer lo peor, cuando hacemos conje-

turas acerca del futuro, acostumbramos cavilar dando vueltas al rededor de un círculo interminable de posibilidades y probabilidades. Tales pensamientos son devastadores para el ánimo, los nervios y la moral, y fatales para el ejercicio del juicio sereno y la decisión. Esto es lo que llamamos cavilaciones.

Sin embargo, según hemos visto es estúpido y sin provecho el cavilar. Tenemos miedo a lo desconocido; ¿pero por qué? Posiblemente será agradable y placentero. ¿Por qué hemos de suponer que ha de ser alarmante? Además la cavilación es destructiva. Jamás en la historia del mundo ha sido la fuente de una sola acción constructiva; jamás dado la solución a ningún problema.

Entonces, ¿por qué cavilar? Alguien replicará: «Pues, porque no puedo evitarlo».

Ciertamente que puede, si quiere. He aquí el método que ha sido puesto a prueba una y otra vez y siempre ha dado buen resultado Si se aplica honestamente se encontrará el descanso de la cavilación y el principio de la paz.

Otra vez que surja ante usted lo que le causa preocupación, ya sea el pago de una deuda o conservar la amistad de un amigo a quien ha ofendido sin querer, antes de hacer nada, tome una hoja de papel y un lápiz, siéntese y divida la hoja en dos columnas. En una columna escriba todos los factores negativos o desfavorables que pueda precisar, acerca de su situación; es decir, las cosas sobre las cuales acostumbra usted a cavilar; porque el cavilar es una costumbre y el considerarse uno mismo desdichado otra costumbre hermana gemela de la anterior. En la otra columna escriba todos los factores favorables o positivos, el lado brillante del asunto y todas las circunstancias atenuantes.

En estas anotaciones uno tiene que ser práctico y sincero; no hay razón para no serlo; puesto que nadie más que usted ha de ver lo que ha escrito. Para obrar inteligentemente es indispensable conocer todos los hechos. En primer lugar uno ha de ser veraz consigo mismo. Hay que anotar los errores y confesar los móviles no rectos. No se debe prescindir de ningún detalle sea tontería, mal juicio, mala fe y falta de dominio de sí mismo. Por otra parte, uno ha de ser leal consigo mismo. Sin tratar de echar la culpa a otro y sin tratar de justificarse a sí mismo, se anotará todo aquello en que uno tenga la seguridad de haber obrado inteligente, generosa y bondosamente. Pregúntese a sí mismo con agudeza y conteste la verdad, impersonal e imparcialmente, analizando sus móviles y trazando sus acciones hasta su origen, sin descuidar un solo detalle o consideración.

Luego estúdiense con cuidado todas estas anotaciones y decí-

dase que es lo que se debe hacer. La decisión ha de estar basada en los hechos. Se ha de procurar que el curso que sea ha decidido sea justo para todo el mundo, y uno ha de estor dispuesto a llevarlo a cabo, suceda lo que suceda.

Si el problema envuelve relaciones humanas como será probablemente el caso, pues no existen otros problemas en este mundo, asegúrese de que la decisión esté libre de sentimentalismo. El sentimentalismo es casi tan malo como el temor. Es la parte más morbosa de una reación emocional. Además, si el plan de acción a seguír, está determinado por el sentimiento, uno no persistirá en él sino mientras persista la reacción sentimental, la que en el mejor de los casos, será de muy corta duración.

El sentimentalismo es una de las formas de egoísmo más su tiles y malignas que existen; pues conduce a una clase espúria de autosacrificio, que trata de justificarse a sí mismo y sirve para halagar la vanidad y el orgullo. Hay personas que obtienen un gozo y satisfacción momentáneos en sacrificarse sentimentalmente. Ello alimenta su egoísmo; se consideran a sí mismos como epítome de la bondad; se envuelven en un tibio resplandor de satisfación al contemplar su propia bondad; demandan gratitud y se refocilan en ello. Y manifiestan un deseo posesivo de manejar a su víctima a su capricho y de ordenar su vida. Esto no es en manera alguna bondad. Esta clase de personas arrojan sobre los caracteres débiles, dones que los inutilizan, en vez de ayudarles a valerse por sí mismo, como tiene perfecto derecho de hacer el benefactor. Se sorprenden, se desilucionan y declaran que han perdido la fe en la humanidad. La gente sentimental da sin medida, cuando les da por ahí, especialmente si al dar no se niegan nada de lo que necesitan. Y llaman a eso generosidad. La verdadera generosidad no tiene nada que ver con la emoción enfermiza; sino que se funda en el buen juicio y la comprensión. Generosidad quiere decir dar en caso necesario la mitad de un pan cuando no se tiene más que uno y darlo sin desear recompensa, ni demandar gratitud; mucho menos lamentarlo después. Esta generosidad es muy diferente de la largueza de la persona que da un pan teniendo toda una panadería. La persona realmente generosa olvida su regalo. La persona sentimental lo recuerda, se arrepiente y se aleja dejando a su víctima en peores condiciones que la encontró.

Deséchese todo sentimentalismo y úsese la inteligencia después de haber analizado todos los factores anotados en el papel, pregúntese si se puede hacer algo inmediatamente. Si la contestación es afirmativa decida lo que ha de hacer y hágalo sin vacilar.

Pero supongamos que el asunto está fuera de sus manos, que no se puede hacer nada hasta el jueves próximo a las once y ahora es lunes por la tarde. Siendo así no hay más que guardar el papel en lugar seguro, donde lo pueda encontrar en el momento oportuno.

Cavilar es pensar alrededor de un círculo de temerosa ansiedad, tratando de que no se nos olvide algún detalle esencial, o no se nos pase alguna puerta de escape, o alguna excusa posible. Tal condición mental, ya no tiene objeto para usted; porque todos y cada uno de los factores están anotados en el papel. El continuar cavilando sobre ello es una tontería. Si llegara a ocurrir lo peor, lo que rara vez sucede, no justifica el que usted se sienta nervioso y mal preparado para arrostrarlo.

Además, no tiene objeto el que continúe usted pensando en el asunto antes del jueves a las nueve, cuando usted podrá tomar el papel, refrescar la memoria y prepararse para la entrevista o lo que ocurra.

Mientras tanto lo mejor que puede usted hacer es atender a sus otros asuntos, cumplir con sus deberes regulares, dormir, comer, trabajar, distraerse, con la plena confianza de que. a lo menos esta vez, está usted preparado para hacer lo más acertado cuando llegue el momento de actuar.

Ahora bien, sin pretender explicar lo que sigue, sé por experiencia que cuando llegue el jueves a las nueve habrá ocurrido una de estas dos cosas: la entera situación se habrá aclarado y desvanecido como un sueño, o usted hará frente a ella con toda confianza en la justicia de su causa y la honradez de sus móviles y que tendrá completo dominio sobre sí mismo. Es sorprendente la manera como tal actitud evoca lo mejor que hay en cada uno y despeja lo que parecía un obstáculo insuperable.

Reconozco que hacer lo que acabo de recomendar no es fácil. Es posible que no se alcance el éxito en el primer intento, ni al segundo, ni al tercero; pero si se persiste verá uno finalmente que está preparado para hacer frente a cualquier eventualidad; será otra persona; una persona dueña de sí misma, completamente segura de sí misma que se habrá acercado mucho al estado de paz.

Con ello habrá dado el primer paso hacia el dominio de su mente. Pero para mantener el dominio de la mente se necesita persistencia, no sólo en los momentos de dificultad, sino continuamente, cada dia, hasta que se haya afirmado el buen hábito que ha de reemplazar al temor de antes.

(Continuará)

EL ESPIRITU Y SUS LEYES

POR EMERSON

CUANDO nos consideramos a la luz del pensamiento descubrimos que nuestra vida está en el seno de la belleza.

A medida que avanzamos y las cosas quedan a nuestras espaldas adquieren formas agradables, lo mismo que las nubes cuando están muy lejanas. No sólo las cosas familiares y viejas, sinó hasta las trágicas y terribles son acogedoras cuando ocupan su lugar correspondiente en el cuadro de nuestra memoria. La ribera, las brozas que rozan las aguas, la antigua mansión, la persona tonta, tienen gracia en la lejanía. Hasta el cadáver que ha reposado en una estancia ha aportado su parte de ornamentación solemne a la casa.

El espíritu no quiere reconocer la deformidad ni el dolor. Si durante las horas de razón clarividente expresásemos la verdad más severa, diríamos que nunca habíamos hecho sacrificio alguno. Durante estas horas la mente parece tan grande que todas las pérdidas, todos los dolores, nos parecen minúsculos. El universo continúa intacto en nuestro corazón.

La vida intelectual debe conservarse limpia y sana, si el hombre desea vivir la vida de la naturaleza, no aportando a su mente dificultades que no le pertenecen. Nadie debe sentirse perplejo en sus especulaciones.

Podemos tener una fuerza rústica y una integridad natural en aquello que somos. «Unos cuantos instintos fuertes y unas cuantas leyes sencillas» nos bastan.

Aquello que nosotros no consideramos como educación es mucho más precioso que lo que entendemos con aquella palabra. En el momento de recibir un pensamiento no tenemos idea de su valor comparativo. La educación desperdicia frecuentemente sus esfuerzos en sus intentos por contrariar y desviar este magnetismo natural que con toda seguridad seleccionará lo que le es propio.

Debemos admirar los carácteres de acuerdo con su impulsión y espontaneidad. Cuando menos cree o sabe un hombre sobre sus virtudes, más le apreciamos. Las victorias de Timoleón son las mejores victorias. porque se deslizaban y fluian como los versos de Homero, según nos cuenta Plutarco.

Cuando contemplamos un espíritu cuyos actos son regios, gra-

ciosos y placenteros como las rosas, debemos dar gracias a Dios de que existan cosas tales.

No deja de ser menos notable la preponderancia de la naturaleza sobre la voluntad de todos los aspectos de la vida práctica. En la historia hay menos intención de la que le atribuimos. Atribuimos planes muy madurados y previstos a César y a Napoleón. Pero lo mejor de su genio estaba en su naturaleza, no en ellos mismos. Los hombres que mayores éxitos han obtenido o alcanzando en sus momentos de honradez y franqueza han declarado siempre: «No he puesto nada en ello; no es cosa que a mí se me deba».

Estas observaciones nos enseñan la lección de que nuestra vida debiera ser mucho más fácil y sencilla de lo que nosotros la hacemos. Que el mundo pudiera ser una morada mejor de lo que es. Que no hay necesidad de luchas, convulsiones ni desesperación, de cerrar los puños amenazadores ni de rechinar los dientes; que somos nosotros mismos quienes equivocadamente creamos nuestros propios males. Ponemos vallas al optimismo de la naturaleza.

Nuestras iglesias, nuestros catecismos dominicales y nuestras sociedades para favorecer al pobre son yugos que afianzamos sobre nuestras cabezas. Nos apenamos para no complacer a nadie. Existen maneras naturales para llegar a los mismos fines que se proponen dichas sociedades a los cuales ellas no llegan nunca.

Si ensanchamos el radio de acción de nuestra mirada, observaremos que para todas las cosas ocurre lo mismo; las leyes, las letras, los credos y las maneras de vivir parecen una parodia de la verdad. Nuestra sociedad está abrumada por el peso de un sólido mecanismo parecido a los larguísimos acueductos construidos por los romanos sobre montes y valles, trabajo que se ha demostrado es cosa inútil al descubrir que las leyes del agua elevan su nivel a la misma altura que tiene en su punto de origen.

Procuremos aprender la lección que nos enseña la naturaleza, que siempre obra siguiendo el trámite más breve. Cuando el fruto está maduro cae del árbol. Cuando el árbol ha terminado la producción de frutos, caen sus hojas. El ciclo del agua es únicamente una caída.

La sencillez de la naturaleza no se puede leer con facilidad por que es inagotable. Su último análisis no puede llevarse a cabo jamás.

Acostumbramos a juzgar la sabiduría de un hombre por sus esperanzas, sabiendo que la percepción de la imposibilidad de agotar la naturaleza constituye una juventud eterna.

¡Oh hermanos míos, Dios existe! Hay un espíritu en el centro de la naturaleza superior a la voluntad de todos los hombres, tanto, que ninguno de nosotros puede engañar el universo.

El curso completo de las cosas sirve para enseñarnos la fe. No tenemos más que obedecer. En ellos encontramos la guía y escuchando humildemente llegaremos a oir la palabra que precisamos.

Colocaos en medio de la corriente del poder y sabiduría que anima todo cuanto existe y sin ningún esfuerzo os veréis conducidos hacia la verdad, hacia el derecho y hacia la perfecta felicidad.

BIBLIOGRAFIA

"El Problema Social y Humano, visto por Krishnamurti"

Revista de la Estrella. — Madrid

De moderna y vistosa edición, este folleto es una síntesis de las teorías del gran mensajero adaptadas para lanzarlas a cuatro vientos.

Sus capítulos sintéticos son: «El Problema Social», «La Educación», «El Problema Sexual», «El Bien y el Mal», «Las Religiones», y «El Valor del Individuo».

Por ellos apreciará el lector que en el folleto subyace, rigorosa, la clave de la regeneración humana, que no es otra cosa, en síntesis, que un problema individual. El mensaje vigoroso de Krishnamurti es la levadura de la civilización nueva.

Quien anhele facilitar su advenimiento, hágase mediador en la adecuada distribución del folleto mencionado.

El esoterismo de la Quinta Sinfonía de Beethoven (1)

Por FÉLIX PEYRALLO

ME permito calificar la obra de Beethoven de doctrina secreta. Su «Quinta Sinfonía» exterioriza maravillosamente la idea del karma.

Cuatro precipitados golpes hechos oir como un exabrupto, de manera inesperada e irreflexiva, inician la primera parte de esta Sinfonía. — Cuatro golpes, que repitiéndose como una obsesión, como una idea fija, constituyen el motivo capital de la obra, predominando en ella con una obstinación muy sugestiva durante las tres cuartas partes de su duración.

Esos golpes agitados y persistentes, esa llamada que nos toma de sorpresa, parece en verdad encerrar algo siniestro, algo que amedrenta como el augurio de un inminente peligro.

Beethoven lo ha dicho: «así llama el destino a nuestra puerta».

¿Qué es el destino? ¿Qué puerta es esa y qué es lo que encierra?

A la luz de la teosofía sabemos que no hay otro destino fuera de la Ley; ni existe más legislador para cada uno de nosotros que nosotros mismos. Como consecuencia se deduce que el destino o mejor dicho, la ley que así nos llama, tan pronto bruscamente como con persuasiva solicitud paternal, no puede ser otra cosa sino nuestra propia conciencia, que muchas veces grita para hacerse oir sin que nos dignemos escucharla; esa conciencia que nos congratulamos en identificar con un ser superior que llevamos dentro, es cierto, pero a tanta profundidad que dificilmente y sólo en raras circunstancias excepcionales logra sensibilizarse, sobreponiendo sus luminosos dictámenes a nuestras arraigadas debilidades y a nuestros múltiples y engañosos intereses mezquinos.

Ese destino, conciencia o ley llama a nuestra puerta. Es verdad, llama a la puerta de nuestra alma que está esclavizada, encadenada a la vida que nos atrae, nos subyuga, nos encandila con el fulgor, con el lujurioso encanto con que nos seducen los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Así Beethoven supo res-

---

(1) Extracto de la Conferencia pronunciada en la S. T. de Montevideo con motivo de la fiesta del loto Blanco.

ponder musicalmente, con cuatro golpes vibrantes de emoción, al enigma propuesto eternamente por la austera y cuadriforme Esfinge.

Cada llamada es una violenta sacudida, una nueva experiencia dolorosa, una angustia que aflige al alma. Pero el alma en su febril deseo de emociones pasionales, en su avidez de poderío, de ambiciones fastuosas, en su insaciable sed de dominio y adquisiciones, no despierta a la realidad y mantiene cerrada su puerta, no obstante los reiterados golpes que asumen a veces un carácter imperativo y en cierto modo, amenazante.

Ante esa interminable sucesión de llamadas, que son la simbólica síntesis, el eco de otros tantos sinsabores y tribulaciones del alma, ésta reacciona respondiendo ya con quejas lastimeras o bien con airadas protestas dirigidas a lo exterior, como si fuera de ella residiera la causa de sus males o la voluntad generadora de sus angustias.

Abriendo un paréntesis, corresponde aquí diferenciar las dos actitudes que, según el caso, pueden ser observadas a raiz de las experiencias con que de continuo la vida nos alecciona: Una, la irreflexiva y casi ineficaz forma en que se conduce el profano, es decir, el que ignora el cómo y el por qué de la ley kármica o de acción y reacción. Y otra, la prudente, serena, reflexiva y meditada que sigue el ser guiado por la luz del conocimiento del principio de justicia inmanente en el todo.

A título de ilustración pongamos un ejemplo sencillo, aunque evidente:

Camina un hombre en una noche oscura por cierto lugar desconocido y que irremisiblemente debe atravesar.

De pronto tropieza en un obstáculo; cae, sufre un rudo golpe que le hace sangrar, produciéndole agudo dolor.

Este hombre es nn profano y como tal se conduce, quejándose contra la fatalidad, maldiciendo su sino, protestando agriado por el mal estado del camino, fulminando con el pensamiento a un supuesto mal intencionado que tal vez se divierte poniendo piedras al paso del viandante para gozarse en su daño; en resumen, buscando *únicamente en el exterior* toda la causa de su dolor.

Esta ciega actitud le condena a repetir la misma experiencia muchas veces.

A otro hombre también le ocurre tener que pasar por el mismo sitio que, igualmente, le es desconocido. Por idénticas razones cae y sufre como el anterior. Pero este hombre conoce la ley; sabe que sólo dentro de sí mismo está la causa de su felicidad o de su desdicha. Le es notorio que la inconciencia, la ignorancia es la

única fuente del dolor; por lo tanto al sufrir este golpe, nuevo para él, se detiene a reflexionar resignado y paciente. Estudia el terreno, observa sus caracteristicas, investiga la causa por la cual ha caído, toma nota de todos los detalles que puedan iluminarle al respecto y luego prosigue su camino sin preocuparse mucho de su dolor físico que, al fin, es atenuado por la satisfacción de haber visto claro en una experiencia que, seguramente, para él ya no se repitirá.

Volvamos a la quinta sinfonía del clariaudiente sordo.

En la primera parte de esta Sinfonía de Beethoven vemos al ser proseguir indiferente o sin comprender el propósito de la ley que parece le dijera: «ha llegado tu hora, decídite por la conquista de tu liberación».

El alma se debate angustiada ante la pertinaz llamada del destino; pero como éste insiste en dar sus cuatro golpes, su acción no repercute sino en lo material, y lo material que hay en nosotros no tiene el menor interés en abandonar sus dominios.

En un momento dado se oye una frase quejumbrosa, un breve declamado que el óboe expresa en su timbre melancólico; algo así como unas palabras que en tono de súplica al destino o a una supuesta potestad externa fuesen la interrogante del alma que no alcanza a explicarse por qué ha de ser ella víctima de tal ensañamiento. A esto responden con glacial indiferencia los cuatro golpes, insistentemente repetidos.

Es que la explicación del misterio no puede venir de fuera; es que la luz de la verdad tlene su foco en la fe consciente y ésta sólo despierta a su hora, después de un largo y agitado sueño en el que los dolores son agudos, prolongados e innumerables y los placeres fugaces como meteoros, débiles en su intensidad y sumamente reducidos.

Terminada esta primer parte sigue el Andante; página predilecta de los corazones sensibles, que acaso ven en ellas reflejados sus anhelos, sus preocupaciones religiosas, sus divagaciones en torno al misterio de la vida, sus incertidumbres respecto a un futuro que las almas que aún no sospechan la existencia del sendero ven diseñarse con colores grisáceos y con perspectivas poco gratas.

En un artículo referente a la obra de Beethoven, publicado hace veinte años, decíamos, entre otras cosas, aludiendo a este Andante de la «Quinta Sinfonía» : La majestuosa serenidad con que aparece el motivo del Andante, la conmovedora elocuencia, el místico perfume que en él se respira, lleva en lo más íntimo de su idea una insinuación del resurgimiento de la fe perdida. Hay

en él un aire de paz, de tranquilidad, un marcado sentimiento de resignación que parece reconfortar al espíritu atribulado por ese destino, por esa fatalidad cuya idea nos la dan los golpes de la mano de Némesis, simbolizados en el motivo con que se inicia el primer tiempo de esta colosal sinfonía.—No sabemos de glosadores que hayan apreciado en la nobleza del motivo de dicho Andante un sentimiento de piedad, de conmiseración para con los dolores que gravitan sobre el ser humano. Esa idea melódica, ofrecida luego bajo el color de melancólica opresión, genuinamente característica de la tonalidad de La bemol menor, parece dejar oir las balsámicas palabras de algún ser superior, deslizadas al oído de las almas acongojadas, de los corazones desgarrados»...

Efectivamente, en sus contínuas incursiones por su mundo interior, en sus soliloquios de místico fervoroso, Beethoven ha de haber escuchado allí, en el oculto tabernáculo de su alma, la voz de alguien que proféticamente le anticipara la proximidad de la vía de redención; alguien que ya le llamemos angel guardián, daimón o conciencia diamantina o sátvica, irradia luz, indica el camino, si bien es cierto que no puede arrancar violentamente la venda de nuestros ojos ni aligerarnos el peso de las penas que nos acompañan en nuestra peregrinación.

El Andante nos habla de angustias más aflictivas aún que las subrayadas en la primera parte; pero estas angustias tienen al menos la virtud de amortiguar los anteriores impulsos de protesta ante los embates de un supuesto azar desfavorable y cruel.

Ahora el ser comienza a presentir, aunque débil y remotamente, la existencia de una posibilidad de liberación de la cuádruple cadena que le aprisiona, sujetándole al potro del dolor.

Ahora va vislumbrando el medio de emanciparse de esa ley que pesa sobre él y le acosa hasta la desesperación con los enérgicos y rudos cuatro golpes de su simbólica llamada. Pero todo ello ¡a que precio! pobre Beethoven, actor y espectador en esta tragedia a la que diste vida ofrendándote como víctima propiciatoria de un holocausto que jamás sabremos agradecerte!

La mano del destino sigue golpeando despiadadamente a la puerta del alma del músico y parece le dijera: «Sufre, Beethoven; sufre divino visionario, sufre mucho que aún es poco sufrir para tí que osaste escuchar a la puerta del templo del misterio.

«Tú has nacido bajo la estrella de los predestinados al sacrificio; tú eres un elegido por la ley para ser un intérprete en el mundo a costa de tu dolor. Tu corazón es una mina que encierra un inapreclable tesoro que es menester arrancarle a golpes de pico; un tesoro constituído por tu ssublimadas angustias, recogido

a lo largo de tu prolongada via-crucis mesiánica y que habrás de legar como valioso patrimonio a tus hermanos los hombres. Tu corazón es una flor delicada y sensitiva que es preciso exprimir, estrujar, para extraerle la sublime esencia que elabora y que tu brindarás a la menesterosa humanidad como un exquisito elixir de vida y un poderoso estimulante de las virtudes espirituales.

Así como el arbol del sándalo perfuma el hacha que lo hiere, así Beethoven, herido como nadie por un destino implacable, devuelve a la vida un torrente de perfume y armonía por cada golpe que la vida le asesta presurosa y certera.

Y así Beethoven aparece como protagonista en esta Sinfonía de la fatalidad; de esa fatalidad tan sabia para operar con el dolor que jamás se equivoca cuando quiere herir en lo más sensible. Así fué Beethoven martirizado por ella en el amor, esa dulce indefinible y misteriosa pasión cuya experiencia normal y recíproca le fué negada, no obstante haber aquel músico incomparable abrigado en su pecho el culto más noble, intenso y profundo de ese sentimiento básico de la humana existencia.

Si, sufre Beethoven, que aún no es bastante! Tú ya no vives para tí; la Ley te substrae, te aleja de la vida de relación con el mundo exterior.

Ya no oirás más el murmullo de la selva ni el canto de sus pájaros; las gratas y cordiales palabras de tus amigos; el timbre encantador que para tí tiene la voz de la mujer ideal que adoras. Murmurantes vergeles, aves canoras, palabras amistosas, hechiceras voces femeninas, todo eso deberás crearlo en tí mismo y escucharlo solo, místicamente recogido en el más absoluto silencio!

Tú serás sordo a todas las vibraciones externas que tanto te complacían. Ahora sólo te resta escuchar la voz de tu alma. Concéntrate pues en tí mismo, profundiza en la intimidad de tu espíritu, libre desde este momento de toda impresión auditiva llegada del mundo de los sentidos. Ahora sólo te oyes a tí mismo y... ¿quién sabe? acaso también a los ángeles que saben hacerse oir sin palabras y sugerir cantos sin vibraciones materiales...

Hé aquí como la suprema aspiración del místico poeta, de alcanzar la *descansada vida del que huye del mundanal ruido* le fué impuesta a Beethoven por la Ley que, condenándole a una reclusión espiritual, a un aislamiento del mundo, le hizo descubrir *la escondida senda* donde pudo recoger las místicas flores de la pureza emotiva.

Finaliza el Andante. Debe comenzar el tercer movimiento; esa parte de la Sinfonía que, según las clásicas normas aplicadas a la estructura de ese género de composición musical, habría de ser

un minuetto o un scherzo. Pero la esplenderosa intuición, la extraordinaria clarividencia de Beethoven le hizo romper en ese caso singular los viejos moldes; pues en verdad un minuetto, danza galante y jovial que sugiere escenas de una superficial vida de salón aristocrático donde todo es sonrosado y lisonjero, no podría armonizar con la gravedad del asunto que en su «Quinta Sinfonía» trata Beethoven.

Tampoco el scherzo (en italiano: juego) habría de entonar con el serio significado de esa obra estupenda, verdadero poema épico espiritual.

Acaso Beethoven, al pensar que la transcendencia del destino humano es algo a lo que se debe conceder suma importancia y que por tanto nada tiene que ver con una danza expresiva de costumbres ligeras y menos aún podría ser conceptuada como cosa de juego, se limitó a denominar la tercera parte de esta Sinfonía con el usual distintivo de «Allegro», adoptándolo en su acepción rutinaria y convencional de «movimiento rápido».

Como fantástica sombra que en noche de luna persigue el caminante, así el destino, con perturbadora insistencia, continúa llamando a la puerta del alma, haciendo oir sus rituales y fatídicos 4 golpes, alegórica expresión sensual de nuevas tribulaciones.

No obstante el predominio de este rítmico motivo fundamental, adviértese un notable cambio de sentimiento ambiencial. Nótase la demostración de inquietud propia de quien, disconforme con lo que posee, busca algo distinto, ignorando casi siempre qué ha de ser ello y dónde hallarlo.

Alborea un tenue resplandor espiritual en virtud del cual la conciencia ya no responde con ímpetus de rebelión contra el doloroso azar. Hay intranquilidad, desasosiego, quejas lastimeras; pero todo se traduce al fin en la afanosa búsqueda de una satisfactoria respuesta al aparente enigma del destino, al por qué de esa tenaz persecución ordenada, al parecer, por una Némesis implacable y vengadora.

Se esboza en el espíritu la humildad, la mansedumbre, la resignación, cualidades propicias para meditar en el conocimiento de la relación que el presente puede tener con el pasado ya establecido y el futuro por crear.

Se inicia la perserverante peregrinación por los diversos campos de la ideología, de los sistemas filosóficos o doctrinas religiosas, sin excluir lo extravagante; aún más, dejándose llevar, en la ansiedad de alcanzar un rápido esclarecimiento del misterio, hasta la familiarización con prácticas promisoras de efímeras felicidades que al fin tienen derivados hipotecarios para el espíritu.

Felizmente el dolor, celoso vanguardia de la evolución, ha dado opimos frutos. El alma presiente la verdad. Comienza a intuir que el destino dejará de llamarla con su cuádruple señal sólo cuando ella logre a su vez desprenderse de lo que en sí lleva sometido al cuaternario en que se diversifica la materia; de lo que gime clavado en la cruz hasta el feliz momento de la resurrección; en una palabra, cuando abandone por completo su personalidad, su ahankara, para vivir la vida del espíritu, de la luz; la vida a la que no puede entrarse sino mediante un nuevo nacimiento: la iniciación.

Beethoven, hierofante clarovidente que en modo alguno podía llamarse a engaño, conocía la condición «sine qua non» para arribar a la tierra prometida. Sabía que la vuelta del hijo pródigo tendría efecto después de múltiples experiencias amargas y de rudos trances sufridos. Pero sabía asímismo que al retornar a su abandonado hogar y al llamar sabiamente, en forma que le reconocieran, encontraría abiertos para recibirle los brazos de una madre solícita y amorosa.

También sabía Beethoven que el requerido abandono de la personalidad como precio impuesto, como contrato que ha de cumplir quien se decida a llamar a la puerta del sendero, significa afrontar un dolor indescriptible, un dolor angustioso del que puede darnos una pálida idea la separación del ser más querido, la despedida de un amor que acaso ya no vuelva jamás.

Así lo expresa Beethoven en el pasaje de transición que encadena la tercera a la cuarta parte de la «Quinta Sinfonía». Es un breve motivo de solo un compás, una idea fija que lucha por arraigarse, aumentando su énfasis, creciendo en vehemencia, hasta que al fin, con la heroica decisión de quien se siente guiado por una fe prístina, con la firmeza inquebrantable de quien ha llegado a discernir lo ilusorio de lo verdadero, el ser se desliga de las atracciones del mundo material y llama solemne y pausadamente al templo de la luz, de la serenidad, de la redención. Ya no son ahora los cuatro memorables golpes los que se oyen sino sólo tres, símbolo de los tres aspectos de la magna Ley que rige en la nueva vida: Amor, Ciencia y Fe.

Tres aldabonazos inician la entrada augusta y triunfal del cuarto tiempo de esta sinfonía heroica por excelencia, puesto que nos habla de la victoria más ardua, en la que, como Arjuna en la arcana epopeya del Mahabarata, hemos de desafiar y vencer a temibles adversarios que, por otra parte, nos son caros pues constituyen la legión que integra nuestra alma.

Tan heroica y soberbia es la entrada de esta parte final, que al

oirla en París un viejo soldado de la guardia de Napoleón no pudo reprimir la espontánea exclamación de: ¡Mon Dieu, l'Empereur!

Un viejo soldado de Napoleón no podría menos de identificar la grandiosidad de esa música con lo que para él era lo más admirable en el mundo, lo más majestuoso y subyugante, lo más genial e imperativo, la audaz valentía hecha hombre, el ídolo entronizado de su alma de fiel servidor: Napoleón.

¡El Emperador, sí! Beethoven nos pone frente a un coronado Emperador que se presenta con regia vestidura esgrimiendo su espada fulgente y victoriosa. Un Emperador que conquistó su cetro luchando con denuedo, pero sin manchar su espada, como Napoleón, en la sangre de millares de inocentes víctimas; sin dejar sobre los devastados campos de batalla un tendal de cadáveres, como lo hiciera aquel ambicioso sin par que se erigió un pedestal de vidas humanas donde posar su satánica planta.

La espada del Emperador revelado por Beethoven es inmaculada, nítida y de una pureza que, como bruñido espejo, refleja fielmente la luz que recibe. Esa espada es la voluntad que se ha hecho conciencia depurándose de todo sentimiento subalterno. Es la simbólica espada del arcangel de la paz, cuya fuerza toda está al servicio de la fraternidad. Es la espada a que alude cierta maxima mística que dice: «Para una espada mohosa o manchada el pan se hace duro como piedra». «Para una espada sin mancha alguna un fuerte muro se hace blando como el pan».

Beethoven abandona aquí finalmente el gesto adusto y severo, la nota punzante y cominatoria. Ahora nos hace entrar en el reino de la alegría sana, ingenua, infantil; de aquella que, como un canto primaveral, brota en el alma del niño y se dibuja en su risa franca, en su mirada juguetona, en sus gestos de inocente despreocupación. Es que era preciso volver a ser niño para recibir la luz que irradia de lo alto.

También sabía esto Beethoven y así lo demuestra en esta parte de su obra iniciática a la que da por base armónica el sencillo color de la tonalidad de Domayor; color natural y propicio para la pintura de este brillante expresivo cuadro de fiesta espiritual en el que el alma celebra su esotérica boda.

Beethoven tonifica nuestra fe y hace revivir nuestra esperanza permitiéndonos comprender el milagro del «sursum corda» a través de este magistral himno órfico desbordante de vibraciones nobles y optimistas. Fraternalmente nos ha llevado de la mano para que pudieramos atisbar lo que ocurre en el sendero y aprender cómo se marcha por él.

Su iluminado genio apostólico no descuidó detalle alecciona

dor; por eso nos enseña a observar cómo aún resurgen, si bien es cierto que en forma pálida y pasajera y con la inconsistencia de un ensueño, las viejas tentaciones, recordando los quiméricos deleites en que la personalidad se complacía.

Vuelven a insinuarse brevemente los cuatro golpes como último vestigio de todo el anterior proceso evolutivo. Pero la llamada es ahora desobedecida inmediatamente y rechazada con la entereza de quien afirma sus plantas sobre base roqueña. El iniciado, el que ha sabido llamar a la puerta del templo de la verdad con el triple y reposado ritmo de sus virtudes está en poder de la clave del misterio de las seducciones y no habrá de caer nuevamente.

Con docisión categórica sabe responder: «vade retro», a los engañosos espejismos con que nos acosa la ilusión.

Beethoven confirma musicalmente el infaltable episodio de la vida de los místicos que por haber hollado la senda de redención llevan ceñida a su frente la regia corona de los magos. Y por ser magos vencen las tentaciones como San Antonio, como San Francisco, como Jesús, perseguidos por Satán aun en sus oraciones en el huerto de los Olivos.

Jamás logrará la palabra hacer sentir tan profundamente como lo hace Beethoven en su Quinta Sinfonía una verdad que sólo se hace carne en nosotros y se adueña de nuestro espíritu cuando penetra por el corazón. Así lo decía aquel genio inmenso: «von Herz zu Herz», «de corazón a corazón», vale decir: nacido en el corazón y dirigido al corazón. Así lo expresó con excelsa inspiración, destilando la purísima esencia de su alma atormentada, aquel hermano altruista y piadoso a quien jamás pagaremos debidamente el incomparable bien que nos ha hecho al escribir su preciado evangelio musical.

Ese es Beethoven; el genio sin par, el Maestro de los maestros, el que supo transmutar el dolor de su alma hecha girones, martirizada por indecibles vicisitudes, en luz divina para gloria y orientación de la humanidad.

Ese es Beethoven, el que supo cimentar con su vida, con su sangre y con lágrimas de su sensitivo corazón el templo de la verdad más excelsa: la del sentimiento.

Epilogando las palabras iniciales de este comentario agregaré que los teósofisos debieran levantar en su alma un altar donde venerar siempre y rendir devocional culto a esos dos seres excepcionales a quienes por lo mucho que les debemos yo llamo nuestros padre y madre espirituales, acreedores al más acendrado amor filial: la iluminada heroina Helena Petrona Blavatsky y el sublime genio portavoz de la palabra de los dioses: Beethoven.

El secreto de los Alqujmistas

Por Iyotis Pracham

TAN cierto es que ninguno de los *verdaderos* alquimistas ha buscado *la manera de hacer oro,* como que todos los *verdaderos* alquimistas la han encontrado por ley de consecuencia. En efecto, el proceso de la depuración de la materia, y la modificación progresiva de las leyes de la agrupación elemental, *corresponden* al perfeccionamiento psíquico y á la depuración del *Yo*. Al trabajar *en esto,* se obtiene por correspondencia aquello.

Por otra parte, como en el fondo de toda *causación* oculta, hallamos la Voluntad, y la voluntad es puesta en acción por el motivo, y el motivo para poder mover a la voluntad ha de ser percibido conscientemente; resulta que a una elevación y perfeccionamiento de la conciencia, corresponde la percepción de nuevos motivos, que originan nuevas formas de ejercitación de la voluntad, la que produce, por consiguiente, hechos extraordinarios, o sea hechos, que la poco evolucionada conciencia vulgar no puede concebir.

Sin negar la realidad de la transmutación, la obtención del *oro* (metal), es el aspecto inferior, grosero o material, de un fenómeno que en lo psíquico es la coagulación de la luz solar, y en lo espiritual el «hálito divino» cuya forma menos elevada es el *«liquor vitæ»* practicamente usado en la elaboración del *«elixir de vida»* con el cual los filósofos rosacruces y otros adeptos, prolongan indefinidamente la vida material, para poder consagrar a la evolución consciente los períodos que los simples mortales invierten en cambiar de cuerpo, los prolongados lapsos interreencarnacionales.

En su sentido de transmutadura universal «La Piedra filosofal» expresa la más perfecta y acabada forma de condensación de la Electricidad Cósmica, en estado neutro, es decir, conjugada en justa proporción con la «Esencia Vital». Su inmenso poder, fragmento del *«Único Poder»,* no está demostrado en ninguna forma por el aspecto interior. Se requiere el *«polvo de proyección»* expresión de la Voluntad humana, en su forma más activa y consciente, para destruir la conjugación o neutralidad de las dos polaridades de la Piedra Filosofal, y entonces, en virtud de la ley matemático-oculta, la Potencia Eléctrica despierta la primera por

su correlación con la unidad y con la serie impar, y efectúa la desintegración de la substancia que se quiere transmutar. Entiéndese por desintegración, la dispersión de los átomos.

Pero acto seguido, despierta la acción refleja o *reacción* que, basándose en el Principio Vital, correspondiente al número 2 y a la serie impar, atrae los átomos dispersos, y reintegra la substancia.

Esta reintegración puede operarse de dos modos:

1.° Abandonada a si misma. En este caso reaparecerá la misma substancia en el mismo estado previo.

2.° caso. Con intervención de poderes extraños. En este otro caso, los átomos podrán agruparse en un orden distinto de aquel en que estaban, y entonces resultará transmutada la substancia.

Los sabios sintetistas, no los especialistas; los que hayan profundizado mucho la «nueva química», la física, la mecánica y sobre todo «las matemáticas» aplicadas a las ciencias citadas, hállanse en el caso de poder operar la transmutación por medios materiales, sin intervención directa de los poderes de la Voluntad.

Esto es magia negra, porque no reproduce más que el aspecto inferior de las operaciones mágicas, concretando al plano material, lo que los verdaderos alquimistas realizaban en el plano espiritual, y además porque sigue un orden inverso al aconsejado y practicado por los teurgos, ya que si bien es posible que algunos sabios lleguen al conocimiento del plano psíquico y luego del espiritual, por deduciones formuladas en virtud de sus experimentos, siempre el espiritualismo de esos pocos privilegiados estará más o menos «manchado por la materia» y dará origen á la vulgarización de conocimientos peligrosos y al mal uso de fuerzas ocultas.

Los alquimistas no procedían así. Sus operaciones eran eminentemente espirituales y sólo *por ley de correspondencia* obtuvieron maravillosos efectos psíquicos y biológicos. Pero no eran ciegos caminantes perdidos sin guía en el bosque intrincado de la investigación, ni incurrían en la torpe manía de vulgarizarlo todo. Y aun cuando esto último les haya hecho fácil blanco de mil y mil calumnias de sus sucesores, en cambio ellos ahorraron a la humanidad los innúmeros males que los imprudentes sabios modernos han desencadenado sobre el mundo, con la revelación de los explosivos, de la embriología, etc., etc. La mecánica misma ha contribuído más bien al desequilibrio social que a la armonía.

¡Bendita sea la memoria de los filósofos del fuego, los admirables alquimistas, que tanto y tanto supieron, que hasta supieron OCULTAR que es lo más difícil de saber! En pugna con la vani-

dad, con la gloria personal, con el exhibicionismo tan querido de los modernos, aquellos venerables sabios, se escondían para estudiar la manera de hacerse perfectos, sin gracia divina, sin la mendicidad repugnante de los cultos exotéricos en los cuales los fieles piden a sus dioses lo que debieran conquistar por si mismos.

Y yerra quien lamente la pérdida de los tesoros científicos conquistados por los alquimistas, pues ellos encerraron sus descubrimientos en SÍMBOLOS que aún quedan, y que *alumbrados por la fúlgida linterna de la intuición,* cuyo uso se aprende *ante el místico altar de iniciación,* revelan todos los secretos.

COMO EL VENERO

Recibe el Don del Cielo y nunca pidas
nada a los hombres. Pero da si puedes;
da sonriendo y con amor. No midas
jamás la magnitud de tus mercedes.

Nada te debe aquel a quien le distes;
por eso tu su gratitud esquiva.
El fué quien te hizo bien, ya que pudistes
ejercer la mejor prerrogativa
que es el dar y que a pocos Dios depara.

Da, pues, como el venero cristalino
que siempre brinda más del agua clara
que le pide el sediento peregrino.

AMADO NERVO

El peligro de Dogmatismo Científico

Por Henry Pratt Fairchild

Toda cultura necesita su dios y los representantes de ella, habitualmente fieles a su propio dios, consideran a otros dioses y a los fieles de éstos con tolerancia, desprecio o aversión.

Los hombres de la civilización occidental del siglo veinte tienen el prurito de creer que se han desentendido completamente de Dios y que les va muy bien sin él; o que, por lo menos, le han relegado a un lugar secundario. Particularmente tienen tendencia a burlarse de los dioses reverenciados por los de cultura más sencilla, por el hombre primitivo. La verdad es, sin embargo, que la civilización moderna tiene su dios característico, el cual, aunque parezca paradójico, es de tipo muy similar a la divinidad que con mayor cordialidad detesta.

El dios del mundo moderno es la Ciencia y en su adoración sin reservas, el hombre ha hecho de ella precisamente la clase de dios adorado por los salvajes de las selvas, es decir, un fetiche.

Un fetiche es un objeto al que se adora porque se le atribuyen cualidades o poderes que en realidad no posee. Un salvaje descubre un pedazo de madera o de piedra de forma rara y en el acto le atribuye un poder capaz de protegerle contra la enfermedad y contra sus enemigos, de darle suerte en la caza; en fin, capaz de controlar benéficamente todos aquellos elementos de suerte y casualidad que cree que posee en abundancia. Cuida de su nueva divinidad con ternura, llevándola sobre su persona o levantando un altar en su choza o cueva. Se postra ante ella con ardiente convicción, dándole gracias por el beneficio que ha recibido y suplicándole le conceda otros más,

No necesitamos esforzarnos para demostrar la chocante similaridad que existe entre la actitud del salvaje hacia su fetiche y la del intelectual avanzado hacia la ciencia. Se mira a la ciencia como el remedio para toda enfermedad, la protectora contra los enemigos, la proveedora de medios abundantes de vida, la fuente de las bendiciones presentes y la garantía de la prosperidad futura. La adulación de que es objeto la ciencia moderna tiene todas las características de la idolatría y cuanto más rígidamente científico se considera un hombre más seguramente exalta a la ciencia al mismo nicho en que el salvaje coloca a su fetiche.

El único punto sobre el que puede haber alguna duda es sobre

si la ciencia posee en realidad las cualidades que se le atribuyen; si la ciencia está en condiciones para derramar todas las bendidiones que de ella se esperan. En otras palabras, ¿podemos aceptar a la ciencia como la única capaz de proporcionarnos una dichosa vida?

Toda idea que prenda en la imaginación popular, (la cual, por su misma naturaleza, es incapaz de comprender o apreciar una idea realmente) está sometida a tantas interpretaciones, deformadas e ignorantes, que la palabra que ha de identificar la idea resulta inevitablemente mal definida y vaga. Esto es precisamente lo que ha ocurrido con la ciencia. Se nos habla hoy día de una ciencia de la química, de la biología y de la economía; como también de una ciencia de la psicología, de una ciencia de la ética y posiblemente de una ciencia de la filosofía. Cuando Madame Eddy dió nombre a la Ciencia Cristiana, la nueva doctrina enlazó las dos palabras que probablemente tenían para las multitudes contemporáneas mayor atracción que cualesquiera otras que hubiese elegido. Consolidó la autoridad del cristianismo tradicional con la atracción de la ciencia en rápido desenvolvimiento. Sus seguidores hoy día se llaman a sí mismos «Cientistas», sin adjetivo calificativo alguno. No obstante en su actitud característica, en sus métodos y en su presentación, la Ciencia Cristiana y las ciencias físicas son diametralmente opuestas y tan separadas entre sí como los polos.

Por extraño que parezca, en el caso de la ciencia el peligro de dogmatismo no está en las versiones anormales, remotas o derivadas de la idea, como ocurre ordinariamente, sino en ella misma, en su sentido más estricto y rígido. El peligro nace de que, por lo mismo que la ciencia es tan poderosa, con mayor facilidad se le atribuyen virtudes que no posee y se esperan de ella resultados que no puede alcanzar. Precisamente por esto es un verdadero fetiche.

En su más estricto significado Ciencia es un conocimiento ordenado, sistematizado y generalizado, basado en la observación extensa, metódica, imparcial y repetida de fenómenos naturales. El material con el cual la ciencia trabaja es el elemento físico que constituye el universo; los medios de que se vale son los sentidos físicos del hombre.

La mera observación, descripción o registro, por muy complicados y exactos que sean, no constituyen de por sí la ciencia. Para que haya ciencia han de concurrir las siguientes condiciones:

1.ª Una masa definida de fenómenos en un campo limitado y susceptible de ser observado.

2.ª Constancia, regularidad y seguridad en la ocurrencia de los fenómenos mismos. Si estas condiciones concurren es entonces posible clasificar y arreglar las observaciones de una manera ordenada y sistemática y, a base de la constancia del fenómeno, establecer generalizaciones. Tales generalizaciones son lo que se conoce como «leyes naturales» y constituyen la contribución más significativa de la ciencia en cuestión. En efecto, constituyen la esencia verdadera de tal ciencia.

Es claro, entonces, que todas las características tangibles de la ciencia descansan sobre dos realidades fundamentales, a saber: los fenómenos del Universo físico, y la observación por el hombre de estos fenómenos. Ninguna ciencia puede ser más exacta que la combinación de estos dos elementos esenciales.

Precisamente en esto está una de las causas del peligro que ofrece el dogmatismo científico. Alguien ha dicho que el cientista tiene la buena fortuna de trabajar con hechos concretos y que no tiene que basarse en creencias. Esto es un enorme y pernicioso error. El cientista ha de tener ciertas creencias fundamentales antes de que ni siquiera pueda iniciar su trabajo. Prescindiendo de la cuestión algo filosófica acerca de la creencia en su propia existencia y en la del universo que lo rodea (lo cual, naturalmente, no puede probar) tenemos ante todo la creencia en la exactitud de sus propios sentidos. Esto envuelve no solamente la exactitud de las impresiones de cada uno de sus sentidos individualmente, sino también la identidad entre las impresiones que él reciba y las que reciban otros observadores. Nada de esto puede probarse. No hay manera de demostrar que el matiz del color rojo que usted ve es el mismo que yo veo. En segundo lugar, el cientista cree en la constancia perpetua de la materia, lo cual tampoco se puede probar. Todo lo que se puede probar (suponiendo la exactitud de nuestra primera creencia) es que la materia ha sido constante en el pasado; pero no se puede probar en absoluto que continuará siéndolo en lo futuro. Todas las predicciones del cientista, acerca del futuro descansan en puras creencias. Una «ley natural» es meramente la expresión humana de un fenómeno que según se ha observado ha ocurrido uniformemente. Todo otro concepto de una ley natural no es más que creencia.

Debido a que el cientista olvida fácilmente estas limitaciones, la ciencia formal es, en sí misma, una causa cambiante y efímera. El cientista no solamente cree que siempre ve las cosas con exactitud, sino que también cree que lo que ha visto es positivo y final. En prueba de esto no hay más que examinar los libros de texto corrientes sobre cualquier ciencia, publicados en los últimos

cincuenta años. Cada autor presenta su material como si fuera una verdad infalible e inmutable; sin embargo, entre el principio y final de la serie de hechos expuestos se ponen de manifiesto cambios mucho más radicales que en muchas esferas de creencia pura. No obstante, en un mundo donde la ciencia es un fetiche, el hombre común acepta cada pronunciamiento del cientista, hasta donde pueda comprenderlo, como si fuese una verdad eterna.

Pero el peligro positivo más grande para la sociedad y para el bienestar humano no proviene de la inseguridad y de la parcialidad del cientista, sino de las limitaciones a que está sujeta la ciencia misma. Por el motivo de que la ciencia ha hecho y puede hacer mucho en beneficio de la humanídad nos inclinamos a creer que lo puede hacer todo. Para darnos cuenta de toda la gravedad de este peligro es esencial que consideremos algunos de los casos en que la ciencia es impotente.

En primer lugar la ciencia no puede explicar nada. Lo que tomamos como «explicación» científica es simplemente la presentación de hechos consecutivos observados. Algo que ha ocurrido porque alguna otra cosa ocurrió antes. Esto es todo lo que hay en el análisis científico de causa y efecto. La naturaleza real de los fenómenos y de las fuerzas tras de ellos nunca pueden ser explicadas por la ciencia. Esta nos puede decir el *cómo;* pero nunca nos puede decir el *por qué*. Esto se debe a que en toda explicación científica la causa es siempre de igual magnitud que el efecto; el antecedente contiene todas las potencialidades del consecuente; jamás se le añade nada; nada viene de nada. Por tanto, una vez terminado el análisis científico nos queda el mismo misterio que teníamos en el principio. La ciencia, en virtud de su misma naturaleza, nunca podrá explicar el misterio del universo.

En efecto, el avance y perfeccionamiento de la ciencia tienden a aumentar la maravilla y el misterio del universo y no a disminuirlo. La ciencia nunca puede disponer de poder creador de especie alguna. Si admitimos un Creador, encontraremos más maravillosa la masa nebulosa, que posee el poder de girar hasta constituir las estrellas que salpican el firmamento; más maravilloso el mar de substancia protoplásmica capaz de desenvolver las infinitas formas de vida, que un universo creado, tal cual es, por un simple «fiat».

En segundo lugar, la ciencia no es capaz de determinar la meta ni los objetivos finales de la vida humana y del esfuerzo social. Estas finalidades no pueden ser explicadas; son puntos de partida. Si alguien pretende dar una explicación o derivación de alguna de ellas, inmediatamente se pone de manifiesto que tras

de la explicación hay algo de igual magnitud y de igual misterio. Todos los valores finales son axiomáticos.

Se deduce, pues, que la ciencia nunca puede determinar lo que es bueno, lo que es bello o lo que es digno. Puede determinar lo que es verdadero sólo dentro de su propio campo limitado. Lo único que la ciencia puede hacer es decirnos lo que es inteligente, o prudente, suponiendo que sabemos lo que es bueno o deseable. La ciencia es una herramienta; la más flexible, comprensible y eficiente de las herramientas que el hombre ha inventado. Empleada como herramienta tiene indecibles potencialidades para ayudar al hombre a alcanzar la meta que su concepto de la felicidad ha fijado. Pero nunca puede ser más que una herramienta. En cuanto se la exalta al papel de guía, o de mentor, inmediatamente se vuelve peligrosa. La ciencia nos puede ayudar inmensamente a alcanzar la vida dichosa. Es obvio que las limitaciones y peligros de la ciencia se intensifican más cuando se aplican a las esferas de la vida; particularmente a la vida humana. El valor práctico de la ciencia está en razón directa de la constancia mecánica de los fenómenos que estudia. Cuando tal constancia, según se ha observado en el pasado, es tan invariable, que da amplia base para esperar su continuación en el futuro, tenemos fundamento para una creencia verdaderamente científica y para una generalización que nos sirva de guía válido de nuestra conducta. Pero cuando los fenómenos están sujetos a variaciones tan impronosticables e inexplicables como la conducta humana, el dogmatismo en nombre de la ciencia es intrínsicamente anticientífico. Existen dos campos en que el peligro de dogmatismo está especialmente de manifiesto en la actualidad. El uno es el de la medicina. Esta ha alcanzado un tremendo avance en las últimas décadas, en sus ramas de la bioquímica, la bactereología, la anatomía, etc. Los jóvenes médicos, graduados en las mejores escuelas, están admirablemente dotados para esta clase de conocimientos. Pero son lamentablemente deficientes en cuanto a la comprensión de la personalidad humana. Prescinden frecuentemente del hecho de que los seres humanos no están, ni pueden ser «estandardizados». En los hospitales modernos se trata a los pacientes como si fuesen masas uniformes de materia que debe responder de cierta manera a un determinado tratamiento. Si el paciente no responde a tal tratamiento en la forma prevista es de lamentar; pero la culpa es suya y nada más se puede hacer por él. El conocimiento médico científico es de valor inapreciable para el médico; pero no produce efecto, y hasta llega a ser peligroso, si no va acompañado

de la símpatía, de la comprensión y de la intuición que está por encima de la ciencia.

El otro campo, en que el dogmatismo es un riesgo, es el de las relaciones económicas. El peligro es menor ahora que hace cuatro años, gracias a la depresión económica, la que a pesar de todos sus inconvenientes, ha servido como útil revelación de lo falsas que son las pretensiones del fetiche llamado ciencia económica. En los exuberantes meses de 1929 fué fácil hacer creer que las cotizaciones de los valores y los diversos gráficos de las tendencias económicas, no solamente revelaban el camino hacia la felicidad y daban la medida de nuestro avance en este camino, sino que nos decían también qué era la felicidad y en que consistía. Ahora nuestros ojos se han abierto, pero el peligro no ha pasado del todo, porque el dios materialista no ha sido derribado todavia de su pedestal. Se necesita vigilancia constante y la contínua busca del alma, no sea que cuando vuelva la prosperidad, miremos a la ciencia económica, unida a la ciencia general, como a un ser místico en posesión de todo poder sobre el destino y bienestar humanos.

(Traducido de «The Aryan Path»)

Lo peor para un pueblo no es tener una religión defectuosa, sino los obstáculos opuestos a la libre investigación y examen. Todo pais dominado en la antiguedad por la teocracia cayó al fin bajo la espada de los conquistadores, que no paraban mientes en jerarquias... Si cada cual se portase con los demás como quiere que los demás se porten con él, y nadie permitiese interposiciones de otro hombre entre él Dios, habría de sobra para que todo fuese bien en el mundo.

INMAN

CATOLICISMO Y MASONERÍA

Por FRANCISDO BRUALLA

DIFÍCILMENTE encontraremos entre las instituciones humanas dos que se combatan con más saña y encono que las dos grandes instituciones que conocemos con los nombres de Catolicismo y Masonería. En esta lucha legendaria sin cuartel se consideran buenas todas las armas. La historia nos dice que los combatientes no se detienen a considerar los medios que utilizan para combatir a su adversario; para ellos todos son buenos: la calumnia, la mentira, la delación, la intriga, el asesinato, han sido empleados por uno y otro bando, aunque casi siempre la Masonería ha sido más castigada y perseguida. No me haré eco, ni hay para qué, de todo lo que se ha dicho y dice en desprestigio de cada una de estas dos instituciones; sólo diré que uno se maravilla a veces de la ingenuidad de algunas gentes; de que personas medianamente inteligentes, digan, propaguen o crean ciertas cosas, que el más ligero análisis les haría ver que son un insulto a la inteligencia humana. No otra cosa son ciertas patrañas que algunos católicos hacen circular en contra de la Masonería y lo que algunos Masones dicen del catolicismo.

Ante este estado de cosas, creo que ha de interesar el análisis, necesariamente incompleto y breve, que voy a intentar hacer del objeto y finalidad esencial de estas dos instituciones; de los fundamentos que pueda tener el antagonismo, al parecer irreductible, que las caracteriza; y finalmente trataremos de ver si es que no existe alguna relación íntima entre ellas, que a la vez que nos dé una posible explicación de tal antagonismo, nos permita vislumbrar un porvenir, más o menos lejano, en que la humanidad presencie el hecho, para las actuales generaciones insólito e inexplicable, de que estas dos grandes instituciones actúen en su propia esfera, pero dentro de la más perfecta armonía, por el progreso de la humanidad.

Antes de entrar de lleno a explicar en qué fundo la posibilidad de la armonía de estas dos instituciones es conveniente hacer resaltar el hecho muy significativo de que el antagonismo existe exclusivamente entre la iglesia católica de Roma y la Masonería, y que las demás iglesias de la religión cristiana, (de la cual la iglesia romana no es más que una rama) no sólo no participan de tal antagonismo, sino que por el contrario existe una cooperación bastante íntima, al punto de que muchos sacerdotes de las dife-

rentes denominaciones cristianas son a la vez miembros activos y distinguidos de la fraternidad de la escuadra y el compás.

Es interesante notar asimismo que la feroz lucha entre la iglesia romana y la orden masónica en ninguna parte ha llegado al caracter enconado y destructivo que ha alcanzado entre nosotros y en otros paises de la raza latina, donde la iglesia católica ha tenido y tiene todavía el monopolio de las conciencias. En los países sajones donde la libertad de conciencia es legendaria, no sólo no existe este antagonismo, ni siquiera de parte de la iglesia romana, sino que el ser masón es un título que abre muchas puertas porque es idea general que el hecho de ser masón abona el buen carácter de quien tal título ostenta.

Nadie puede ser masón si no es libre, tolerante, leal y honrado. Podrían mencionarse por centenares los hechos que demuestran el alto prestigio que la Masonería ha alcanzado en paises en que la iglesia romana no tiene las prerrogativas de que disfruta en algunos paises de nuestra raza y que tuvo hasta hace poco en España. En todos aquellos está considerada como constitución de bien público y no es raro ver cómo los esfuerzos de masones, cristianos, judíos, budistas y de otras religiones, sin excluir representantes de la católica, se aunen para fines de beneficencia social u otros de bien común. En Nueva York puede presenciar quienquiera en determinada fecha del año una solemne ceremonia religiosa que se celebra en la Catedral de San Juan el Teólogo, a la que asisten en corporación las organizaciones masónicas con todas sus insignias. Lo cual pone de manifiesto que la Masonería no sólo no es una institución antireligiosa sino que en su esencia es tan religiosa como el cristianismo más depurado y más sublime.

Quien se tome la molestia de analizar desapasionadamente la institución masónica, lo mismo que la institución católica, irá descubriendo que a pesar de los mútuos enconos y antagonismos que ponen de manifiesto en sus prédicas y en sus actos, su finalidad esencial, el propósito que persiguen es idéntico. Su antagonismo no está, no puede estar, en sus doctrinas respectivas, ni siquiera en su forma de exponerlas, ni mucho menos en los medios de inculcarlas en sus miembros. Su antagonismo surge cuando olvidando su verdadera misión se salen de la esfera que les corresponde e invaden un campo que no es el suyo y en el que jamás debían haber entrado.

La finalidad de toda religión y, por lo tanto, de la cristiana es desarrollar el ser espiritual que cada individuo lleva dentro de sí, o sea elevar el hombre a Dios; la finalidad de la Masonería es exactamente la misma aunque para ello empleen diferentes ex-

presiones; pues sea que llamemos a Dios Gran Arquitecto del Universo o con otro nombre El es uno y el mismo. La iglesia ha establecido un cierto camino para conducir al hombre a la meta de sus aspiraciones; camino que no difiere sino en detalles sin importancia real del camino que la Masonería señala a su miembros. Quizás la mejor manera de expresar la respectiva posición de las instituciones de que tratamos, es decir que sus caminos hacia la divinidad son paralelos; pero en manera alguna opuestos o antagónicos. Pero cuando una de ellas trata de sobreponerse a la otra, o se mezcla en cuestiones políticas o busca poderes temporales con la idea de imponer sus doctrinas, dogmas o principios, se sale de su esfera y despierta necesariamente el sentimiento antagónico de la otra. No es otra la causa de la batalla que ambas instituciones vienen librando desde tiempo inmemorial.

Recorramos la historia y veremos que las fraternidades de constructores, herederas de las instituciones esotéricas de la más remota antigüedad y de las cuales la Masonería moderna es la continuación, se unieron en gran número al cristianismo en los primeros siglos de nuestra era. Ellas transformaron las catacumbas en iglesias; ellas fueron las que construyeron los grandes templos de que tanto se enorgullece el cristianismo. La historia nos dice también que tales fraternidades fueron en un tiempo dirigidas y presididas por dignidades de la iglesia y sólo cuando Roma, celosa y temerosa del prestigio e influencia de las hermandades, empezó a perseguirlas, se inició esta guerra sin cuartel que todavía perdura. Es en realidad una guerra entre hermanos, y quizás por eso mismo es tan fiera y tan enconada.

Dije que la Masonería y el Catolicismo en su esencia no son ni pueden ser antagónicos y que en realidad son dos caminos paralelos que buscan conducir al hombre a Dios. Yo me atrevo a afirmar además que lejos de ser antagónicas y mutuamente excluyentes son complementarias, en el sentido de que cada una de ellas tiene la misión de servir a una parte de la humanidad en su evolución. Veamos en qué fundo esta afirmación.

Del análisis de los medios de que cada una de ellas se vale para ayudar a sus afiliados en su evolución, se infiere que cada una atrae a una clase diferente de temperamentos. En líneas generales podemos decir que la Iglesia atrae al temperamento místico, a aquellos que evolucionan por el sendero del corazón, como se dice en ocultismo. La Masonería, por otra parte, atrae con preferencia al intelectual, al que busca la espiritualidad apoyándose en la mente. El religioso se esfuerza en alcanzar el estado de unión con Dios, sublimizando sus emociones; mientras que el masón trata

de desarrollar su espiritualidad por el estudio del significado abstracto de símbolos concretos; el uno es sentimiento; el otro mente. Esto no quiere decir que el masón no cultive sus emociones, ni el religioso su inteligencia; sino que cada uno tiene una línea diferente de acercamiento y de desarrollo. Día llegará, sin embargo, en que las líneas paralelas se unan y refundan en una y entonces tendremos una religión científica en colaboración con una ciencia religiosa.

Las últimas clasificaciones que la moderna psicología ha hecho de los principales temperamentos humanos arroja bastante luz sobre el tema que estamos tratando, puesto que de tal clasificación se desprende claramente la necesidad de diferentes sistemas religiosos lo mismo que educativos. Pone de manifiesto la sabiduría que ha presidido la fundación de las diversas religiones, las que teniendo un origen común en la Verdad Unica e inmutable, se han diversificado a fin de que sirvieran a la humanidad en sus diversos grados de desarrollo y en las diferentes etapas de la evolución.

La clasificación más reciente y la que mejor se adapta a las enseñanzas ocultistas es la que divide a la humanidad en tres grandes grupos; a saber: introversos, extroversos y ambiversos y cada uno de estos grandes grupos en cuatro clases de temperamentos: el sensual, el sentimental, el mental y el intuitivo. El temperamento sensual es aquel cuya conciencia está centrada en lo físico; el sentimental tiene centrada su conciencia en lo emocional, el mental en la mente y el intuicional en lo espiritual.

El grupo de introversos comprende a todos los individuos con tendencia al retraimento, los concentrados en si mismos, en general, los que buscan el conocimiento estudiándose a sí mismos y a sus reacciones. El extraverso es el temperamento opuesto, es expansivo y estudia con preferencia el mundo que le rodea. El ambiverso es una mezcla equilibrada de los dos anteriores.

La humanidad en su actual estado de evolución, podemos decir, que tiene centrada la conciencia una parte en lo emocional y la otra parte en lo mental; pasando por alto el temperamento sensual a quien seguramente no interesa ni la Iglesia ni la Masonería, llegamos al temperamento sentimental y por poco que lo analicemos llegaremos a la conclusión de que el método de desarrollo que mejor le cuadra es el que le proporciona la religión, especialmente la iglesia católica. De manera similar, un temperamento centrado en lo mental, que trata de desarrollar su espiritualidad, encontrará un método adecuado en el profundo simbolismo, del cual la institución masónica es el custodio desde tiempo

inmemorial. El tiempo y el carácter de este artículo no permiten desarrollar esta tesis como merecería; pero el objeto que se busca quedará bien servido si los que lo lean obtienen algo que les induzca a seguir esta línea de estudio e investigación, pues pueden estar seguros de que sus esfuerzos en este sentido quedarán más que recompensados.

Grande será el día en que el Catolicismo y la Masonería, estas dos grandes instituciones guías de la humanidad, tan grandes que a pesar de sus errores, de sus luchas y odio recíproco no se han podido destruir ni se podrán destruir jamás, reconozcan la unidad de su origen y de su misión y procuren cultivar como es debido la porción de campo que se les ha señalado. Para llegar a esto ambas tendrán que modificar grandemente sus procedimientos; tendrán que arrojar gran parte del bagaje e impedimenta que han acumulado en el transcurso de los siglos y bajo cuya mole se encuentran enterradas las sencillas y sublimes enseñanzas que son la luz que ellas están llamadas a hacer brillar en todo su esplendor.

El proceso de transformación se está operando lenta pero seguramente. Quizás no podamos notarlo los que residimos en paises como el nuestro en que la intransigencia parece tener carta de naturaleza. Pero sí se ve claramente tal transformación en otros paises de temperamento menos pasional que el nuestro. El catolicismo de Inglaterra y de Norte América no es ni con mucho el catolicismo español, ni tampoco la institución masónica de allá trabaja en las mismas líneas que la de acá.

Diversos son los movimientos que tienden a esta transformación. Me limitaré a reseñar dos bien conocidos entre los teósofos y los cuales muchos creemos que están llamados a devolver al Catolicismo y a la Masonería el prestigio y fuerza espiritual que han perdido en buena parte. Es claro que el proceso será lento y probablemente tardará bastantes años en dar fruto. Pero, ¿que son algunos años y aun siglos en el proceso de evolución?

Los dos movimientos a que me refiero son : la Comasonería o Masonería mixta y la llamada Iglesia Católica Liberal. Las diferencias principales que existen entre la Comasonería y la Masonería oficial son : que la primera admite a las mujeres con las mismas prerrogativas y deberes que a los hombres, cosa que la oficial no hace; pues escluye a las mujeres. Pero la distinción más importante es que la labor de las Logias comasónicas es estrictamente espiritual y oculta, sin excluir naturalmente las ciencias ni las artes; pero su tónica en todas las ramas del saber es la espiritualidad. La Comasonería fué fundada en 1893 en París y desde

entonces se ha extendido por todo el mundo. Todos los comasones del mundo pertenecen a una sola obediencia cuyo Supremo Consejo está en París.

En cuanto a la I. C. L. es una iglesia católica independiente de la Sede de Roma y de toda otra sede. Administra los siete sacramentos, lo mismo que las otras iglesias católicas; pero no impone otros dogmas ni doctrinas ni obligaciones, que el de acercarse a sus altares con la reverencia y el respeto que se debe exigir de toda persona bien educada. Deja a sus fieles en libertad de creer las doctrinas que juzguen conveniente, pues considera que la fe ha de ser el resultado de su raciocinio y no el antecedente. No impone restricciones en la administración de los sacramentos, porque cree que éstos fueron instituídos por Cristo como medios de gracia para auxiliar a la humanidad sin otras restricciones que el deseo de participar de ellos con fe en su gracia. Así la I. C. L. administra la comunión sin exigir la confesión oral; aunque sí recomienda el acto de contrición y la absolución, que se imparte siempre antes de administrar la comunión. La I. C. L. fué fundada en 1916 a base de un grupo que se separó de la Iglesia Católica arcaica de Inglaterra. Cuenta con varios obispos en diversos países y tiene iglesias en casi todos los de Europa, América y Asia, y el número de congregaciones crece constantemente.

Estos dos movimientos, si es verdad que han adoptado las formas externas de las instituciones originales, el espíritu que las anima es otro, más en armonía con el primitivo y seguramente están llamadas a ejercer una influencia decisiva en la transformación de las instituciones de que proceden.

El dogma y la autoridad han sido siempre la maldición humana y lo que más ha apagado la luz y la verdad.

HENRY DURVILLE

INFORMACIONES

El "Club Rotario" para la Paz del Mundo. — En un breve opúsculo profusamente difundido, editado por el «Club Rotario» de Málaga, se expone el dinámico postulado que ya de palabra nos expuso cuando recientemente tuvimos la dicha de abrazar a su autor Don Ramón Muntadas, en Barcelona.

La firme decisión del querido hermano de consagrar su vida a la labor en pro de la Paz ya da sus frutos. En el Excelentísimo Ayuntamiento de Málaga, expuso el hermano Muntadas, en nombre del «Club Rotario», todo cuanto constituye la esencia del ideal teosófico en su forma ética del respeto a la vida y su oculto significado cuyo corolario social es la fraternidad humana y la abolición de la guerra.

Por el interés de su finalidad y organización transcribimos para ejemplo las «Conclusiones» finales del folleto mencionado.

CONCLUSIONES

1.ª Crear en cada Club Rotario, con la denominación de «PACIFISMO», una Comisión con carácter permanente, que estará en relación constante con la que, en la oficina del Gobernador, se creará con igual denominación.

2.ª La Oficina del Gobernador del Distrito creará, con la denominación de «PACIFISMO» una Comisión, con carácter permanente, para recibir las comunicaciones y dar orientaciones a las oficinas provinciales, encauzando el movimiento pacifista en España y en su relación con el extranjero.

3.ª Tanto la Comisión central como las provinciales se constituirán por hombres entusiastas de esta idea, ofrecidos voluntariamente para la realización del duro trabajo que ello requerirá; pero con la satisfacción de haber contribuido a una de las grandes empresas que ha acometido la humanidad.

4.ª Cada Comisión se pondrá en relación con todas las sociedades que en su ciudad, provincia o región, — según el radio de acción que sus fuerzas y su entusiasmo quieran señalarse, — simpaticen con la idea y quieran colaborar en ella.

5.ª Se establecerán ciclos de conferencias que, empezando en las capitales, lleguen hasta el último villorio, hablando a cada auditorio en su propio lenguaje sin más limitación que la prohibición de toda idea de violencia en la campaña.

6.ª Publicaciones periódicas en diarios, revistas, etc.

7.ª Difusión de conferencias por radio.

8.ª Relación estrecha y continuada con todas las sociedades pacifistas de España y del extranjero para una acción conjunta.

9.ª Todo cuanto el desarrollo del plan vaya aconsejando.

Esta es la meta gloriosa que nos proponemos conseguir para

la felicidad de la humanidad y para que del Caos presente surja el Orden.

Felicitamos al querido hermano nuestro e invitamos a que cada, cual, en pensamiento y en obra, colabore en esta actividad tan esencial en estos momentos.

Unión Budista Internacional. — Hemos recibido senda información, en tres idiomas, de la propaganda intensa que realiza esta institución, de vida privada hasta ahora y que, debido a la crisis espiritual por que atraviesa el mundo, propónese colaborar abiertamente en adelante y ofrecer al Occidente en particular los principios eternos en que se fundamenta el esoterismo búdico.

A tal efecto la «Unión Universal por la difusión de la Filosofía Búdica» intensifica sus trabajos divulgativos mediante varias revistas, una editorial, la cooperación de diversas entidades espiritualistas y orientalistas, la próxima creación de un «Monasterio búdico» en Suiza en el que regirá idéntica organización y disciplina que en los existentes en el Tibet y la organización de un Congreso Internacional en Ginebra en donde se estudiarán las fórmulas más inmediatas de aplicación, en el mundo, de la filosofía elevada de los Budas, que tan grande misión pacificadora puede cumplir en el mundo con su mensaje palpitante y eterno.

Para más detallados informes: Ven. Anagarika Lhasshekankrakrya - 2, Rue Charles Bonnet - Ginebra - Suiza.

Un ciclista netamente vegetariano. — (Copiamos del diario «La Vanguardia» de Barcelona). Sydney, junio (United Prees). — El corredor de bicicleta Jack Burrows, de Manly (cerca de Sydney) acaba de recorrer un trayecto de 8,500 kilómetros — desde su ciudad natal hasta Cairns, en Queensland—, y en todo el tiempo no se ha alimentado sino con frutas.

Su principal alimento lo han constituído los plátanos y los mangos (una fruta tropical del tamaño de una manzana, de agradabilísimo sabor). Muchos días, sin embargo, se tuvo que contentar con cocos rallados.

Durante todo el tiempo que duró la travesía, no ha dormido ni una sola noche bajo techado, sino siempre al aire libre, a fin de que el sol lo despertase bien temprano y pudiese comenzar su tarea a debido tiempo.

Oficina de información. — Comunicó la Rama *Hesperia* de Madrid, que desde primeros de julio funcionará una Oficina de Información completamente gratuita en el domicilio social de esa Rama, Factor 7, pral. dcha., para servicio de todos los hermanos teósofos que tengan precisión de visitar la Capital de la República.

Agradecerán que, cuando algún hermano salga para Madrid, lo comunique previamente para mayor rapidez en dicho servicio.

Joan Sallent, Sucr. — Jovellanos, 26 - Sabadell.